

PARTE PRIMERA  
El hecho de la definición

EXMO. Y RVMO. SR.

AMADOS HERMANOS.

Thema ut supra

¡Cuán incomprensibles son los juicios del Altísimo, Exmo. Sr., y cuán investigables sus caminos, mis amados hermanos! Y no es maravilla que así sea. ¿Por qué nos ha de sorprender que la humana inteligencia que todavía no ha penetrado en la razón substancial de los cuerpos que, a diario, mira y toca no alcance los designios de la infinita sabiduría? Y ¿por qué nos ha de extrañar que la mente del hombre, que aun no conoce los movimientos del sol que nos alumbra, ignore los caminos de Dios y los recorra con paso incierto e inseguro tanto más cuanto más densas son las nubes que encapotan el horizonte religioso, más siniestro el relampaguear deslumbrador y más fieros los rugidos de la deshecha tormenta? Así acaccia en el siglo X. Un hombre quiso reformar la Iglesia. Reyes y grandes atendiendo más a los propios que a los divinos intereses, so pretexto de bien, que así se transforma Lucifer en ángel de luz, aceptaron las reformas que convenían a sus deseos, incluso los pasionales; aunque todas pueden reducirse a la de apartarse de Roma, constituyéndose en reyes y papas a la vez los jefes de las naciones. Las reformas en todos los tonos pregonadas encendieron las guerras religiosas, éstas se propagaron a las ciencias divinas y humanas—aquí ganaron sus más gloriosos timbres de gloria los hijos de S. Ignacio de Loyola—y la lucha en las artes jugaron un papel importantísimo, y el comercio y la industria y todas las esferas de la vida humana de tal modo quedaron obscurecidas que el mundo viniera a dar en los más hondos abismos, si el espíritu del catolicismo hubiera podido ser arrancado del alma y de la legítima jerarquía de la Iglesia Católica; pero eso era imposible; *et portæ inferi non prævalebunt adversus eam*.

Y así vemos como el gran Bossuet, el que en su *Variaciones del Protestantismo* hizo ver al mundo que esta secta se fundaba sobre la movediza arena de los errores, aniquilándolo científicamente al nacer, ese mismo genio soberano de la elocuencia, mirando al cielo de la Iglesia, como si viera la luz disipadora de las tinieblas que habían de envolver al mundo, exclamaba con acentos digno de los Trens: «Cuán depravada está la naturaleza humana. ¡La Iglesia no osa decir que la Santísima Virgen, Madre de Dios, nació sin la mancha del pecado! ¡Cuán depravada está la naturaleza humana! ¡Cuán profundo y cuán espacioso su mal! ¡Oh pureza! ¡Oh visión! ¡Oh verdad! ¡Oh luz! ¡Oh vida! ¿cuándo os contemplaré? ¡Oh Dios! ¿cuándo estaré en vuestra presencia?»

Y a este lamento del alma cristiana de Bossuet, seguía el habla dulce y suave de la misma Reina de los ángeles, que, en sobrenaturales lecciones de sublime sencillez enseñaba el misterio amadísimo de su Concepción Inmaculada, a nuestra Venerable Madre María de Jesús de Agreda y ésta inolvidable concepcionista con la blanda osadía de las almas de Dios, inducía al piadoso rey Felipe IV a pedir a la Silla apostólica la definición dogmática de la Concepción Inmaculada. Y un clamoreo incesante se levantó a los cielos desde las páginas de los libros de los defensores de la piadosa sentencia, acaudillados por nuestro Raimundo Lulio; clamor que